

Ernst Bloch

Ateísmo en el cristianismo
La religión del Éxodo y del Reino

Traducción de José Antonio Gimbernat

E D I T O R I A L T R O T T A

Colección
Torre del Aire

Título original: Atheismus im Christentum.

Zur Religion des Exodus und des Reichs

© Editorial Trotta, S.A., Madrid, 2019

© Suhrkamp Verlag, Fráncfort del Meno, 1977

All rights reserved by and controlled through Suhrkamp Verlag, Berlin

© José Antonio Gimbernat, traducción revisada, 2019

Ilustración de cubierta: Retrato de Ernst Bloch, 1961

(fotografía de Paul Swiridoff)

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO

(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-9879-703-9

Depósito legal: M-988-2019

Impreso en España

www.trotta.es

CONTENIDO

<i>Abreviaturas de libros bíblicos</i>	12
<i>Prólogo</i>	13
I. A la vuelta de la esquina	21
II. Disgusto y tontería	29
III. También Prometeo es un mito	47
IV. El Éxodo en la idea misma de Yahvé; desteocratización	97
V. <i>Aut Caesar aut Christus</i>	143
VI. <i>Aut Logos aut Kosmos?</i>	209
VII. Fuentes del coraje de vivir.....	265
<i>Índice de nombres y de títulos</i>	305
<i>Índice general</i>	313

Dedicado a Adolf Lowe

Pensar es sobrepasar.

Lo mejor de la religión es que produce herejes.

Religión es *re-ligio*, religación, especialmente con un Dios mítico del origen, de la creación del mundo; por tanto no es religión la inequívoca confesión del Éxodo, «yo seré el que seré», ni tampoco la del cristianismo del Hijo del hombre y del *esjaton*.

Solo un ateo puede ser un buen cristiano, solo un cristiano puede ser un buen ateo.

Lo decisivo: Un trascender sin trascendencia.

Dies septimus nos ipsi erimus (Agustín).

ABREVIATURAS DE LIBROS BÍBLICOS

Am	Amós	Jos	Josué
Ap	Apocalipsis	Jue	Jueces
Col	Carta a los colosenses	Lam	Lamentaciones
1 Cor	Primera carta a los corintios	Lc	Lucas
2 Cor	Segunda carta a los corintios	Lv	Levítico
1 Cro	1 Crónicas	Mc	Marcos
Dan	Daniel	Mt	Mateo
Dt	Deuteronomio	Neh	Nehemías
Ef	Carta a los efesios	Num	Números
Esd	Esdras	Os	Oseas
Ex	Éxodo	Prov	Proverbios
Ez	Ezequiel	1 Re	1 Reyes
Gal	Carta a los gálatas	2 Re	2 Reyes
Gn	Génesis	Rom	Carta a los romanos
Hch	Hechos de los apóstoles	Sal	Salmos
Heb	Carta a los hebreos	1 Sm	1 Samuel
Is	Isaías	2 Sm	2 Samuel
Jer	Jeremías	1 Tes	Primera carta a los tesalonicenses
Jn	Juan		

PRÓLOGO

Hay que partir de lo que es nuestro caso. Para la mayoría este es de todos modos ser solo utilizado, dependiente, impelido. Mientras las cosas marchan engrasadas, o aun envueltas en niebla, no solo los cobardes o los débiles se están quietos. Pero la insatisfacción que desea caminar erguida —una tan buena parte de nosotros— crece incesantemente, sobre todo en los jóvenes. El paso erguido se dispone, busca liberarse de lo caduco que al mismo tiempo sigue desordenadamente activo, todavía poderoso y sin ideas. Busca un verdadero apoyo en lugar de tutelas, carentes a la vez de objetivos. Un apoyo que de ningún modo puede venir de una presión vacía, ni de un vacío presionante. Lo anterior y lo que de ello permanece es suficientemente malo; los que nos condujeron allí, mejor que callen; solo desean mantener sus puestos para seguir realizando aquella función. Asesinato y mohó por segunda vez; al menos en esto el encantador devoto alemán no debe esperar ningún vale. Básicamente está remitiendo la mirada hacia arriba, en casi todas partes un Padre-Yo deja de tener tan buen sabor, y los de ahí arriba ya no son tan atractivos. Lo mejor de hoy es sensible en contra de los señores situados sobre nosotros; lo cual tiene también consecuencias para lo situado más arriba, arriba del todo. Echar remiendos es cosa vana; la ropa humilde, también la señorial, se rasga.

En vez de arriba atrae lo de delante, para configurarlo. Desde abajo, disponiendo libremente de nuestra historia, clara y comunitariamente. Algo semejante todavía no es posible en el *establishment* burgués, tampoco con aquellos todavía mitad zaristas-socialistas, aunque toda autoridad republicana debe efectuar un reconocimiento verbal de servicio ante el pueblo al que sirve *pro forma*. Todas las monarquías han desaparecido, a no ser unas pocas excepciones que se han vuelto inofensivas.

La cumbre de la autoridad no se legitima ya mediante un señor celestial. Sobre todo aquí lo importante es: el Padre-Yo ha perdido la Gloria altisonante, también en la forma de Estado, que las monarquías, de cara a sus súbditos, referían hacia arriba, expulsándola a una altura suprema, con resultados ventajosos, tanto en sus funciones de reflejo como de ideología. Donde no existe un trono terreno, falta la base social para un trono celeste; esta base, en cambio, hacía creíble su reflejo celeste a los súbditos acostumbrados; esto, aun cuando faltara la necesidad religiosa. Precisamente con un soberano en la máxima altura, arriba, provisto de un juicio inexcrutable, de una corte de ángeles sin voluntad, y rodeado de puros cantos de alabanza. Es significativo que exista escasa diferencia entre el Dios de lo más alto de los paganos y el habitual de las Iglesias, en lo referente al enclave de su morada; a pesar de la diferencia en otros muchos aspectos y de lo moral. La sangre puede cubrir las profundidades, la noche las alturas, el esplendor de la gloria bizantina permanece y el supremo sol equivale a la monarquía. Pero hay que añadir: según las ciencias de la naturaleza (divulgadas), el universo mismo se ha convertido ya desde hace cuatro siglos en una república. Esta se entiende desde sí misma, no desde creaciones y manejos de un supremo señor celeste. Así este ha perdido su cenit anterior, tan pronunciado, o en el mejor de los casos se ve degradado a tapaagujeros de las explicaciones empíricas que todavía no han sido encontradas o que aún resultan insuficientes. Al escolar de hoy no se le arroja ya un rayo, no recibe el día como regalo de Dios, ni tampoco amenazan de arriba ninguna peste, hambre o guerra como camino de penitencia. ¡Al polvo todos los escolares!; esto tampoco puede decirse desde lo sublime, después de que ha sido presentado a los finalmente desencantados —de forma algo existencialista— como la sustitución de la antigua y firme fe en Dios. Como la sustitución que a su manera recuerda al simple tapaagujeros: esta vez por dentro; sin embargo, ¡a qué precio tan rebajado, casi vergonzoso! Aparece arrastrándose en sus niveles más bajos, lo que su Arriba, debido a las circunstancias, había igualmente perdido; y hacia delante, ante nosotros, carece de coraje, falto asimismo de todo mundo, con mayor razón de uno nuevo. Pues, ciertamente, el mundo burgués es tanto menos digno de crédito cuanto más guisa sustituciones para todo esto, con un *quieta non movere*. En todo caso, la llamada imagen moderna del mundo no hace fácil a los suyos el hecho de continuar quemando incienso desprovistos de excusas.

Aunque no se quiera conceder, la petulancia apabullante es enteramente burguesa. Pero cuando al hombre medio se le hacía difícil la fe, la mayoría de las veces insípida, comenzó nuevamente el impulso, esta vez marxista. El movimiento obrero asumió no solo lo que la burguesía había

realizado anteriormente, puesto en marcha, sino también lo que abiertamente había negado al trono y al altar. Aportó una nueva y específica ilustración, en lo posible libre de ideología. Pues por primera vez precisamente su interés era no tener ya ninguna obnubilación ideológica de este interés, sino hallarse libre de ilusiones, justamente en razón de su interés. Apareció la mirada detectivesca, y no era su último motivo la alianza permanente de la Iglesia con la clase dominante: las cosas son de tal forma que si se rasca aparece que quienes querían figurar eran el fraile de los señores, los viejos augures y sus «parpadeos». Y esto no solo en los negocios: «Se dice Biblia y se piensa en algodón», sino sobre todo: «Hay que mantener la religión para el pueblo», en el más astuto e inútil sentido encerrado en la particularmente trillada «paciencia de la cruz». A ello se añade la consolación en el más allá, que sometió tan bien, durante largo tiempo, no solo la pura interioridad, también en otros tiempos como pagos ficticios, cuando todas las otras cuerdas se han roto. El *Mahagonny* de Brecht hace por ello avanzar con pancartas en la última escena a dos grupos, dos corazones y una sola alma, unos: «Por una justa repartición de los bienes supraterrénos», los otros: «Por una injusta repartición de los bienes terrenos». De aquí proviene la factura o la consigna merecida en texto de *La Internacional*: «Ni en dioses, reyes ni tribunos está el supremo salvador». Muy claro resulta el complemento, como resumen, en *La flauta mágica*, que de una manera más general trata de la superstición y de sus beneficiarios: «Los rayos del sol alejan la noche, destruyen el poder obtenido a escondidas por los hipócritas». Pues la Ilustración burguesa, en su época de esplendor, realizó tan bien su función, que la fe antigua, precisamente en su servicio retórico, casi en ningún sitio puede mentir de tal modo —es decir, suministrar tantos cuentos— que lleguen a romperse las vigas. Además surgió el interés analítico e interesado del marxismo, aquella sospecha total de ideología que de ninguna manera quería permitir en adelante a los señores ninguna clase de nebulosidad. La Ilustración debía culminar en su acción contra la religión; no solo contra su roma superstición, sino, por desgracia, en el marxismo vulgar, también contra los profetas tonantes, también contra la llamada «pruebecita de la mística apocalíptica», que el propio Kautsky no supo gustar en un Thomas Münzer. Todo esto con el fin de destruir en favor de los agobiados y oprimidos las quimeras, utilísimas a los señores; y de manera tan sobria, tan radical como fuera posible, es decir, desde la raíz económica causativa. Se liquidaron inmanentemente las ganas de pescar en lo turbio, en el otro lado. El materialismo, decía Engels, es la explicación del mundo desde sí mismo. Y todo aparente cielo por encima, con un Dios como Señor, era relegado *ad acta* de la «prehistoria» de la hu-

manidad, en cuanto legitimaba, hacía santa la relación amo-esclavo, la heteronomía social sobre la tierra. Esto efectuado no solo por las ciencias de la naturaleza, sino por la crítica ideológica. La subversión llegó así a su máxima expresión, contra toda heteronomía, también contra su ilusión más útil: lo teocrático (totalmente desde arriba). Pareció así a muchos que estaba totalmente agotado tanto el papel como el *topos* de las religiones. No existía ahora ningún rojo ahí, y su ultravioleta (como, por lo demás, cualquier otro) le resultaba enteramente perjudicial al rojo. El círculo se habría así cerrado: ya nunca más un Padre-Yo, ahora una República terrena y cósmica, el hombre como supremo ser para el hombre, y lo religioso se convierte ahora en lo contrario, pues ya puede ser percibido con claridad. Ningún otro resto digno de mención en ninguna religión, excepto para el torpemente desencantado o para los tartufos dominantes; así su verdad se confunde con su decadencia total.

Pero habría resultado extraño que no se hubiese tirado al niño juntamente con el agua. No solo permanece el niño en el hombre y quiere jugar; más todavía. El mismo Brecht que odiaba hasta la náusea las nieblas frailunas, respondía a la pregunta sobre su lectura preferida: «Usted se reirá: la Biblia». Esta respuesta parece tan insolente como sorprendente; sin embargo, sorprendente solo para aquella clase de eruditos, de los que hay muchos, que confunden ilustración con petulancia intelectual. Algo así como lo de Brecht y lo de la muchacha Juana y lo de la coral del valle, que resuena con quejidos, proclama que en la Biblia no existe en tanta proporción como se dice lo que arrulla y canta nanas al pueblo, al gran vulgo. No narra demasiados de esos cuentos que no se diferencian en esencia de los de la cigüeña que trae a los niños o del maná que cae del cielo, ni de los que todavía dependen de la historia de la resurrección, cuando esta se cuenta (junto con la del sepulcro vacío) como un hecho positivamente constatable. En vez de juzgarla como un puro misterio desiderativo, solo cumplido por sí mismo y como la pura extensión del Hijo del hombre procedente de nosotros mismos: *non omnis confundar*. Esto sin ninguna trascendencia de arriba que, con tanto Gólgota en el mundo carente de toda resurrección, no estaría justificada, en vez de situar todavía ahí un *ens realissimum*; se ha comprendido, mientras tanto, que no existe en absoluto, a no ser como reflejo perturbado y de ninguna manera atrayente de antemano. También Zeus, que ató a Prometeo a la roca, aparecía entonces como Dios, *qua* Dios en trascendencia. La esfera suprema, que a pesar de todo se presenta como indulgente, pero que ata todo, que también castiga farisaicamente, se opone «paganamente» a lo que diferencia a la Biblia real, esto es, antifaraónica y cristocéntrica, de lo que es culto idolátrico. Ciertamente existe todavía bastante

conexión —al menos, puntos de contacto— entre la religión pagana y la bíblica, en los textos bíblicos, utilizados por la Iglesia en favor de los señores, redactados y transmitidos por los sacerdotes, consecuencia del servicio a los señores en contra de las quejas de los verdaderos hijos de Israel. Por doquier en la Biblia, la víctima está ya sola, postrada sobre su vientre, mendigando al Todopoderoso, que es tanto más trascendente cuanto que rige en solitario, primero en un sistema henoteísta, luego monotheísta. Altares regados con sangre, con animales sobre ellos casi como sustitución del antiguo Moloch, columnas de alabanza, pero arriba, incluso más incuestionables en principio que en la mayoría de las culturas politeístas. Y *sin embargo*, y a pesar de ello y precisamente por eso, existe en la Biblia el más decidido afecto contra los de arriba, con su dios de los sacerdotes; contra ello solo existe la llamada a la revuelta. Con guerra a los palacios, paz para las cabañas, contra el ornato de los altares; y el pobre sufre hambre amarga. Así lo decía ya también por propio impulso el primitivo profeta, Amós (5, 21, 23; 8, 4 y 6): «Detesto y rehúso vuestras fiestas [...] Retirad de mi presencia al barullo de los cantos, no quiero oír la música de la cítara. [...] Escuchadlo los que exprimís a los pobres y elimináis a los miserables [...] para comprar por dinero al desvalido y al pobre por un par de sandalias»; en breve, «también» esto es la Biblia. ¿Cómo de otra forma hubiera podido ser la *Biblia pauperum*, en el sentido más fuerte, durante las guerras campesinas, italiana, inglesa, francesa, también la alemana, también durante la rebelión en los Cévennes, apenas noventa años antes de la Revolución francesa? Con Zeus, Júpiter, Marduk, Ptah, tampoco con Huitzilopochtli, no hubiera conseguido Thomas Münzer nada de aquello a lo que empezó a convocar, refiriéndose a la salida de Egipto y al no tan dulce Jesús. Y Lutero, como restaurador, llamó con razón al último libro de la Biblia, el Apocalipsis, «la caja ilusionista de todo jefe de banda». Pues estaba lejos del hecho de «crearse un Señor indulgente», de predicar «pasión, pasión, cruz, cruz, es lo que le toca al cristiano», pero también de colocar a los santos valientes en un trono celestial. Como si este hubiera estado allí inmemorialmente y no fuera solo el reflejo de la autoridad terrena, garante de la autoridad menos «justa». La Biblia no se agota en absoluto con esto; es más: el ateísmo mismo no afecta en nada a lo inagotable; todo lo contrario. Aun cuando tampoco sirve de gozo a quienes se quedan en la parte de la Biblia agotada (en el doble sentido). Y esto en beneficio del Faraón, de aquel al que la Biblia —sin «imaginarias flores en las cadenas»— más vehementemente contradice. Toda síntesis sospechosa está fuera de lugar; sin embargo, corresponde al segundo acto de la Ilustración ocupar otra vez el terreno más propio en favor del «Reino